



Capítulo 608: No te preocupes, acepto el castigo.

El silencio que siguió fue casi físico.

Denso. Corte.

Las palabras de Virgilio colgaban en el aire como hojas de obsidiana—afiladas, frías e imposibles de ignorar.

Ninguno de los presentes se atrevió a respirar ni un momento. Incluso las almas atrapadas en los muros de Erebus —las mismas que antes habían murmurado Hades' ahora parecían silenciosas, observando.

La tensión crepitó.

Hermes fue el primero en reaccionar.

"Arrogante hasta el final, ¿eh?" dijo, secándose la sangre del labio, con la mirada parpadeando de provocación. "Hablas como si no estuvieras en terreno divino, mortal. ¿De verdad crees que tus llamas pueden protegerte de la ira de los cielos?"

Virgilio giró lentamente su rostro hacia él, sus ojos carmesí brillaban con una calma peor que cualquier furia.

"¿Quieres probarlo? Hasta donde yo sé, la llama del Olimpo ya no es posesión de tu panteón, ¿de verdad quieres hablar de llamas que puedan proteger?"





El tono era bajo, pero suficiente para hacer que las alas plateadas del mensajero se retrajeran involuntariamente.

Hermes abrió la boca para responder, pero otra voz lo interrumpió — profunda, resonante, llena de poder antiguo.

"Suficiente." Shiva había hablado.

Su presencia se expandió, silenciosamente, y el aire pareció vibrar entre los cuatro brazos del dios, que ahora se cruzaban lentamente en un gesto de autoridad.

"Él no mintió. Dioniso provocado. El resultado fue una consecuencia directa de su propia arrogancia. No hay castigo justo cuando la ofensa proviene primero de quien se considera intocable."



Susanoo, que estaba mirando apoyado en una columna rota, soltó una risa ronca. "Finalmente alguien dijo lo obvio. El borracho obtuvo lo que se merecía. Si fuera yo, lo habría hecho peor."

Los dioses olímpicos cercanos reaccionaron en silencio, con el rostro rígido, algunos llenos de indignación, otros con algo cercano a la incomodidad. Wukong, balanceándose casualmente sobre su nube dorada sobre el pasillo, simplemente bostezó.

"Ya te lo advertí. No es su culpa si el idiota eligió jugar con fuego y terminó convirtiéndose en una barbacoa divina."

Hermes apretó los dientes. "¿Todos van a ignorar esto? ¡Asesinó a un dios olímpico dentro del dominio Hades!"



"¿Asesinado?" La risa de Wukong resonó, divertida. "¿En serio, boca grande? Simplemente deshizo un error temporal. Los dioses no mueren, ¿recuerdas? Renacéis, os multiplicáis, os consideráis eternos. Entonces, ¿de qué te quejas? Simplemente te dio un recordatorio práctico de la mortalidad."

Hércules bajó la cabeza. No se atrevió a contradecirlo.

Sabía, en el fondo, que el mono celestial tenía razón.

Yama, todavía apoyado en el balcón, observó en silencio. Su sonrisa había desaparecido, reemplazada por una expresión indescifrable. Cuando volvió a hablar, su voz era suave, pero tenía un peso que hacía parpadear incluso las llamas de Erebus.

"¿Entonces eso es todo? ¿El consejo de deidades ahora se inclina ante la lógica de un demonio?"



Shiva giró lentamente la cabeza hacia ella.

"No es cuestión de hacer una reverencia, Yama. Es una cuestión de justicia."

Inclinó la cabeza y apoyó la barbilla sobre la mano.

"Justicia..." repitió, casi como saboreando la palabra. "Tengo curiosidad por escuchar eso de un destructor."

Antes de que alguien más pudiera hablar, Hades levantó una mano.



El gesto fue mínimo—pero fue suficiente para silenciarlo todo.

El aire sólo se movía nuevamente a su alrededor, las sombras se moldeaban con cada palabra.

"Basta de discusiones."

Miró a Virgilio.

"Tus palabras tienen lógica y tu acción —aunque impulsiva— fue una respuesta a una afrenta. No existe ninguna ley, en este ni en ningún otro ámbito, que condene a un mortal por defender lo que ama." Virgilio bajó ligeramente la cabeza, en señal de respeto.

Pero luego, desde el balcón de arriba, Yama volvió a hablar. Esta vez su voz sonaba como un juicio.



"No hay ley que lo condene..." hizo una pausa y sus ojos volvieron a brillar en tonos cambiantes de oro y rojo. "...pero hay equilibrio."

Virgilio levantó la vista y la miró fijamente.

"¿Equilibrio?"

Yama enderezó su postura. Toda la sala parecía oscurecerse ligeramente.

"Cuando un dios cae en manos de un ser inferior, se le debe dar algo a cambio. Es la regla antigua, más antigua que los propios dioses. Los demonios y mortales que interfieren en el equilibrio divino... deben perder algo."

Ada, todavía conmocionada, dio un paso adelante.

"¡Él sólo me defendió!" — su voz vacilaba, pero el tono era firme. — "Dioniso lo intentó—"

"Lo sé", interrumpió Yama, con un gesto suave pero frío. "Y es precisamente por eso que no será destruido."

Los ojos de Yama volvieron a fijarse en Vergil. Su voz resonó como el sonido lejano de las campanas funerarias:

"Incluso los reyes del infierno deben pagar el precio cuando violan el orden natural."

El silencio reinó por un instante... hasta que una voz suave, pero cargada de autoridad, atravesó el aire.

"No estoy de acuerdo."

Todos se giraron.

La mujer estaba en las sombras—elegante, inmóvil, como una estatua que respiraba oscuridad. La temperatura bajó una vez más e incluso el fuego de Erebus pareció dudar ante ella.

Virgilio levantó la vista y una rara sonrisa curvó sus labios.

"Esperaba encontrarte en un momento más... favorable."



La mujer inclinó la cabeza y el velo oscuro se movió como humo vivo.

"Y, sin embargo, aquí estamos, Rey Demonio."

Hela.

El gobernante de Helheim.

La sombra del norte.

Su mirada recorrió el pasillo hasta encontrarse con la de Yama. Una sonrisa enigmática —fría pero cortés— se formó en sus labios.

"Parece que has olvidado cómo funciona la jerarquía, niña de mal carácter."

Las palabras no fueron gritadas.

Fueron declarados.

Y su peso se extendió por el pasillo como una ola invisible de poder.

Yama se enderezó y el brillo de sus ojos parpadeó entre dorado y carmesí. Las llamas a su alrededor reaccionaron, elevándose como si reflejaran su ira contenida.

"Ilumíname con tu falta de comprensión, Hela."





Hela dio un paso adelante. Cada paso hacía que el mármol bajo sus pies se congelara en fragmentos de hielo negro.

"¿Iluminar?" Ella soltó una risa suave y sin alegría. "No, querida mía. No ilumino nada."

Toda la sala quedó en silencio.

Hela levantó la mirada hacia Yama y luego se volvió hacia Vergil. Cuando volvió a hablar, su voz era un susurro que llevaba el peso de cien mil almas condenadas:

"Dioniso... un dios de bajo rango. Sin trono, sin dominio, sin legado. Un parásito olímpico sostenido por la fe de los débiles. Y aún así, ¿hablas de castigo?"

Levantó la mano y un aura verde esmeralda se extendió detrás de ella como un velo etéreo, revelando el contorno de un trono hecho de hielo y huesos.



"Mientras este hombre..." ella señalaba a Virgilio, y el aire temblaba "es uno de los Reyes del Infierno Bíblico. Portador del título de Lucifer. Uno de los pilares del equilibrio entre luz y oscuridad en tu dimensión."

Los ojos de Hela brillaban intensamente y la sombra de un cuervo cruzaba el techo, desgarrando la oscuridad.

"¿De verdad te atreves a poner a un borracho insolente al mismo nivel que a un soberano infernal?"

Las palabras sonaban como acero forjado.



"Los Reyes Demonio y los Arcontes son el eje que mantiene estable el inframundo. Sin ellos, ni siquiera tus muertos tendrían adónde ir. Y aún así, ¿hablas de equilibrio?"

Su mirada regresó a Yama, afilada como una espada.

"Un rey no se inclina ante un desgraciado borracho, Yama. Y mucho menos a una jueza que ha olvidado su propia posición en la jerarquía divina."

El silencio que siguió fue casi palpable.

Vergil permaneció en silencio durante unos segundos y su mirada cambió entre Hela y Yama. La sala todavía temblaba levemente —no por la destrucción, sino por la pura presencia de los dos gobernantes del inframundo.

Luego se rió.

Fue una risa corta y seca, cargada de ironía y confianza en uno mismo.

Un sonido que rompió la tensión e hizo que varias deidades se miraran, confundidas—como si el demonio se estuviera burlando de la situación misma.

Virgilio le pasó una mano por el pelo, dejando escapar todavía un suspiro divertido. "Defendido por Hela, eh... Creo que puedo morir en paz ahora —otra vez"

Hela levantó una ceja, su sonrisa casi imperceptible.

"No te acostumbres, Rey Demonio. Odio ver a alguien intentando dictar las reglas del infierno sin entender cómo funciona."



Virgilio inclinó ligeramente la cabeza en agradecimiento—respetuoso, pero con ese brillo travieso en sus ojos.

"Bastante justo. Pero como el tema es el castigo..."

Dio un paso adelante y la energía demoníaca se expandió nuevamente, girando a su alrededor como una niebla viviente.

"...Acepto."

El murmullo fue inmediato.

Hércules lo miró sorprendido. Shiva simplemente observó, curioso. Incluso Yama pareció fruncir el ceño por un momento, sin saber si Vergil hablaba en serio o se burlaba.

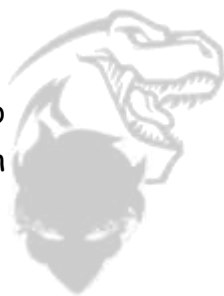
"¿Aceptas...?" Ella repitió, con tono sospechoso.

Virgilio sonrió—una sonrisa que rayaba en el desafío.

"Por supuesto. Todo crimen necesita castigo ¿verdad? Entonces..."

Extendió la mano y señaló hacia el fondo del pasillo—, hacia las sombras, donde algo enorme se movía. Las cadenas traquetearon y se escuchó un rugido subterráneo.

Cerberus.





El perro guardián de tres cabezas de Erebus, con sus colmillos atados con cadenas adamantinas y runas antiguas. Sus ojos ardían como brasas vivas y cada respiración hacía vibrar el suelo.

"Me encantaría pelear con ese perrito", dijo Vergil, con una sonrisa perezosa y provocativa. "Después de todo, ha sido bastante insolente conmigo desde que llegué."

Las tres cabezas del monstruo se levantaron simultáneamente y sus ojos brillaron con puro desprecio.

Un gruñido bajo resonó a través de las paredes—seguido de otro, y otro.

Luego, un trío de ladridos colosales explotaron en el aire, cada uno resonando como un trueno.

El sonido fue casi una respuesta: "Vamos, bastardo."

La sonrisa de Virgilio se abrió y sus ojos brillaron de pura euforia.

"Ah... Me gustan los oponentes con personalidad."

Hades, por primera vez, se permitió una discreta media sonrisa.

"Ciertamente tienes coraje... o estupidez, aún no he decidido cuál."

"Ambos," respondió Vergil, haciendo girar lentamente a Yamato entre sus dedos, mientras el aire a su alrededor temblaba con el sonido del acero. "Pero si voy a pagar un precio, bien podría ser con estilo."



Las cadenas que ataban a Cerbero comenzaron a romperse, una por una, sonando como campanas de guerra.

El rugido que siguió fue el tipo de sonido que hizo retroceder incluso las sombras.

"Bien. Si eso es lo que quieres." Hades, que había guardado silencio, habló.

